

Cuautitlán Izcalli V



Así, en la primer mitad de la década de 1990 Izcalli tuvo 5 cines con por lo más dos salas cada uno. Cines que en principio podría parecer cubrían los distintos perfiles, pues algunos eran más populares como los Gemelos de Operagua y otro más “selecto” como el de Perinorte, ya que de entrada sólo se podía llegar cómodamente en automóvil. Y si bien estos cines podían cubrir cierta demanda de su público, en realidad no eran para todos los izcallenses. Primero porque para los habitantes de los trece pueblos estaban muy lejos y ni siquiera había la infraestructura vial adecuada para poder hacer del trayecto algo que no supusiera un contra-tiempo y, en segundo lugar, porque el precio del boleto estaba fuera de proporción de acuerdo al ingreso promedio nacional. Debido a esto varios de estos cines cerraron en la misma década. Incluso a nivel nacional se vivió una de las menores afluencias a las salas de cine en su historia, hayan sido películas extranjeras o nacionales, las cuales, dicho sea de paso, habían perdido el apoyo del gobierno y a las que el Tratado de Libre Comercio había dejado al margen de su propia cartelera, pues en ella se había impuesto la industria norteamericana, cada vez más fortalecida e impositiva en los países sobre los que ejercía influencia.

Esta invasión de cine estadounidense tuvo también apoyo, irónicamente, en dos empresas mexicanas que surgieron a mediados de la década de los 90s. Y éstas son cinemex y el reconvertido cinépolis, las cuales no jugarían un papel preponderante en nuestro municipio sino hasta el inicio de la década que está por terminar, pero que como el caballo de madera que logró entrar a Troya, poco a poco sepultaron a los pequeños cines de todo el país que habían sobrevivido al todavía presente neoliberalismo. Los cines de barrio, los cines “independientes” a las grandes cadenas comenzaron a desaparecer poco a poco, principalmente en ciudades o municipios como el nuestro.

Si bien, para ser justos con estos nuevos modos de ir al cine, estas empresas y su formato multiplex revitalizaron la taquilla, pero bajo sus propios términos. Ir al cine ya no era un ritual o un lugar para la cohesión social, ir al cine debía ser el consumo no sólo de mantequilla y azúcar, sino el consumo de un producto, de un bien cultural (en el mejor de los casos) para estar al día con el nuevo estreno o con la película más reciente de tal actor o actriz.



De vuelta en Cuautitlán Izcalli, a finales del milenio, antes del cine de masas dentro de centros comerciales, abrió uno de los cines que más recuerdo de mi adolescencia: Cinemas Izcalli, ubicado a un costado de lo que fuera el supermercado Gigante, frente a la Biblioteca Sor Juana Inés de la Cruz.

Este cine operó con gran éxito durante sus primeros años. Ahí podías encontrarte con tus vecinos, mencionarlo como referencia para los foráneos o ser el punto de encuentro con todos tus amigos de la escuela. En él recuerdo haber visto una de las primeras películas del nuevo cine mexicano que causaron polémica “El crimen del padre Amaro”. Corría el año 2002, mismo año en el que inició su declive pues en el norte del municipio comenzaban a desarrollarse nuevos fraccionamientos sobre la avenida Huehuetoca y con ellos la plaza san miguel, lugar al que llegó el primer cine de la marca azul, mientras que la marca roja sustituyó al de Perinorte (pero con los años tuvo que cerrar) y después abrió un nuevo complejo en un nuevo y también polémico lugar, la plaza san marcos, en 2004.

